



REVISTA TIPO-LITOGRAFICA DE EDUCACION Y RECREO  
 ESCRITA POR  
 NUESTROS PRIMEROS LITERATOS.

NICOLAS GONZALEZ, EDITOR, SILVA, 12, MADRID.—2 RS. AL MES.—NÚMERO SUELTO, 50 CÉNTS.

ESPAÑA EN LA EXPOSICION DE PARIS

No es ciertamente esta *Revista*, ni por su carácter ni por sus dimensiones, órgano adecuado para describir la portentosa Exposición universal que el día 1.º de Mayo último se inaugurará, para cerrarse á primeros de Setiembre próximo. Sin embargo, desentendernos de un suceso de tanta resonancia, y no dar cuenta de su existencia, fuera descuido imperdonable. Bueno es que nuestros infantiles lectores sepan que se ha construido en la capital de Francia gigantesco edificio, donde todas las naciones del mundo presentan los productos de su suelo y de sus manufacturas, las riquezas que hoy atesoran y las que supieron crear en pasadas edades, los adelantos que realizan en ciencias, artes y costumbres, y las aspiraciones que abrigan para el porvenir. Allí, en aquel magnífico palacio, obra de los atrevimientos y de la sabiduría de nuestra época, aparece en miniatura y compendio lo más grandioso que el mundo contiene: allí se oyen los idiomas de todos los pueblos y circulan gentes de todas las razas: se admiran las opulencias del rico y los recursos con que cuenta el pobre y desvalido; las grandezas de la industria y las miserias de

la barbarie; los conocimientos de las naciones civilizadas y la ignorancia de las tribus salvajes.

En aquel vastísimo edificio ocupa también su lugar nuestra amada España, y presenta sus productos, sus artefactos y los símbolos de su pasada gloria, al lado de otros países, á veces inferiores, á veces superiores á ella en el presente, si no tan grandes y heroicos en el pasado. Pero si en la instalacion de sus objetos no alcanza España el puesto más distinguido, en cambio ha llamado extraordinariamente la atención de todos los curiosos el palacio construido en la calle de las Naciones, donde todas á porfía han dado á conocer el género de arquitectura que más resalta entre sus monumentos y que se juzga más propio y característico de cada país. La comision española ha tenido el buen gusto de recordar la dominacion de los árabes en nuestro suelo, y ofrecer un modelo de su afligranada arquitectura.

El grabado que publicamos en la página 220 de este número representa el suntuoso palacio que ha levantado España en la Exposición. Su fachada ofrece tres pabellones, unidos entre sí por medio de galerías. Los de los extremos semejan dos torres de



las que los moros aristócratas construían en sus domicilios. La puerta de entrada reproduce el arco de herradura que singulariza este género de arquitectura, lo mismo que las ventanas de los demás pisos, excepto el último, donde aparece el estilo ogival. La ornamentación de estos cuerpos laterales es de un gusto tan delicado que iguala á la de las galerías que los enlazan con el pabellón central. En este es donde verdaderamente se manifiestan los atrevimientos y la audacia de este sistema de construcciones: sobre graciosas y delicadas columnas, sin enlace entre sí, sostiénese todo el peso de la fachada, y á no ser por la convicción de que han resistido siglos y siglos la acción destructora del tiempo otros edificios análogos, se creería que iba á derrumbarse el que nos ocupa. De aquí la admiración que ha despertado en la capital de Francia, y de aquí la gloria que á sus autores les corresponde. Los adornos, imitados de la Alhambra de Granada, de la maravillosa catedral de Córdoba y de otros mil y mil monumentos, que nos legaron los hábiles artífices moros, contribuyen en gran manera por su delicadeza y ejecución á avalorar esta preciosa fábrica. Enumerar sus bellezas y describir sus combinaciones y armonías, sería tarea que exigiría muchas páginas, y por lo mismo renunciaremos á ella y ponemos fin á estas indicaciones.

## LAS PUERTAS DEL CIELO.

### CUENTO.

Los pajaros negros, al llegar su amo á las puertas del palacio, se tendieron, sacando la lengua en señal de fatiga. ¿Cuánto habrían caminado? No les era posible á los niños saberlo. Hasta entonces, según hemos dicho, no habían vuelto nunca la cabeza; pero entonces lo hicieron, y no fue pequeña su sorpresa, viendo que sólo quedaba detrás de ellos el bosque, que reconocieron como el mismo á cuyos lindes iban con su abuelita á buscar leña. Entonces volvieron á mirar al palacio, y vieron una cosa en la que antes no habían reparado. Al pie de la escalinata, que conducía á las tres puertas, estaba recostada una pobre vieja; pero muy vieja, encogida y arrugadita como

una pasa.

Acordándose entonces los niños de su pobre abuela, se acercaron á ella para mirarla mejor. Aquella anciana era su misma abuelita; pero mucho más vieja que ellos la habían dejado tres noches antes. Ya no pudieron aguantar más, y gritaron todos á la vez:

—¿En dónde estamos? ¿Al dónde hemos llegado en sólo tres días?

—No son tres días los que habéis viajado conmigo, respondió entonces Juan Diablo, sino veinte años; y esos mismos hace que vuestra abuelita está sentada esperando en ese escalón. Yo y llamadla, á ver si os responde.

—¡Abuelita! ¡abuelita! dijeron los tres á un tiempo. ¿Es V.? ¿No nos conoce? Somos nosotros, sus nietos: los niños de su hija Marta. ¿Qué hace V. aquí?

La anciana abrió los ojos, y se sonrió: “os esperaba,” dijo.

—¿Y qué palacios este? ¿lo sabe V., abuelita? ¿pueden entrar los niños en él?

—Sí, hijos míos. Este palacio es el cielo, y estas son las puertas que guarda mi santo patrono San Pedro. Yo le había pedido que me tuviera veinte años en el umbral, siempre que no pasarais vosotros ni hambre, ni frío, y me lo ha concedido. Veinte años hace que estoy esperando vuestra llegada.

—Y bien, abuelita; ya estamos aquí, y no hemos tenido frío ni hambre desde la última noche que pasamos en la choza del bosque. ¿Está V. contenta?

—Sí, hijos míos.

—Pues entonces, que San Pedro, nuestro patrono, os deje entrar en su Palacio.

Alí llegaban del diálogo la abuela y los nietos, cuando se dejaron oír á lo lejos los sonidos de una trompa de caza y los ladridos de una numerosa trahilla.

### III.

Los primeros rayos del sol penetraban por



la única ventana de la cabana, y cayendo sobre las rubias cabecitas de los niños, que dormían en torno de la anciana, se quebraron sus dorados reflejos. Un momento después, dando de lleno en el arrugado semblante de la vieja, la hicieron abrir los ojos desparovizada.

—¡Dios mío! ¡Santo ángel de mi guarda! ¡San Pedro bendito, mi patrono! ¿Qué es esto? exclamó, mirando en su derredor, ¿Estoy despierta, o sueño todavía? ¿En dónde están los pedacitos de mi alma? ¿quién me los ha llevado?

Una mirada vaga, distraída y casi idiota, era la que brotaba de los cansados ojos de la pobre vieja; pero al fin esta mirada encontró un punto de lucidez. Fijóse sobre los niños dormidos, y bariándose hasta ellos, los fue besando uno a uno. Al levantarse, cayó de sus rodillas al suelo un objeto que produjo un sonido argentino. Bajóse á examinarlo, y vió con indecible sorpresa que era un pseudo bolsillo, por entre cuyas mallas brillaba el oro.

—¡Dios mío! gritó ¿qué es esto? ¿Estoy soñando todavía, o la visita de Juan Diablo es una verdad? ¿Quié ha pasado anoche en mi cabana? ¿Quién me ha dado este oro?

Al hablar así, la abuela se apretaba la frente con ambas manos, temerosa de perder el juicio. Por fin sus ideas fueron aclarándose, y comprendió la verdad: todo había sido un sueño, y solo había de cierto el oro que contenía el bolsillo, y que el caballero la había dado por guacarse en la choza.

—¡Ah! dijo, por último, entre risueña y confusa; Juan Diablo es un buen caballero apesarse de su nombre, y ha tenido compasión de mis niños. Que San Pedro bendito, mi santo patrono, le deje cazar tranquilamente en el bosque, y le abra después de su muerte *Las Puertas del Cielo*.

*Sofía Tartilán.*

## HISTORIA NATURAL

### HIPOCAMPO Ó CABALLITO DE MAR

Entre la multitud de seres vivientes que el mar alberga en su profundo seno, hay algunos cuyas singulares y fantásticas formas justifican al parecer la existencia de esos monstruos que la imaginación de los antiguos forjara. Entre estos animales de raro aspecto podemos enumerar el hipocampo, que se encuentra en casi todos los mares, y se alimenta de gusanos, insectos y huevos de pescado. Su longitud varía de seis á doce pulgadas, y su cuerpo, según muestra la viñeta de la pág. 221, remeda groseramente el del caballo por el aspecto del lomo, del cuello y de la cabeza: en su aleta dorsal han pretendido ver algunos representada la silla con que se paramenta el noble bruto citado, y los filamentos que rodean los ojos del pez se han comparado con las crines del animal doméstico. Este lofobranquio, cuyas escamas tienen extraordinarias dimensiones, pierde su brillo y sus delicados colores cuando se le disecca para adornar los gabinetes de historia natural y curiosidades.

## LOS MEJORES AMIGOS

*Continuación (1).*

—Verdaderamente, dijo Anita, que no es V. su ojo derecho; toda la ternura de su corazón la dedica á su hijo Antonio.

La pobre Enriqueta cayó en el lazo, y con la inocencia propia de su edad, dijo á la camarera:

—¡Ah! cuando mi papá estaba aquí no se oponía tanto á mis gustos, y era más feliz!

—¿Le ha negado á V. su mamá alguna cosa?

—Una bien sencilla: el ir á casa de mi prima esta tarde.

—No veo por qué ha de privarse V. de ese gusto: vaya V. sin que lo sepa.

—¡Desobedecer á mi madre! exclamó la niña asustada; ¡eso no puede ser!

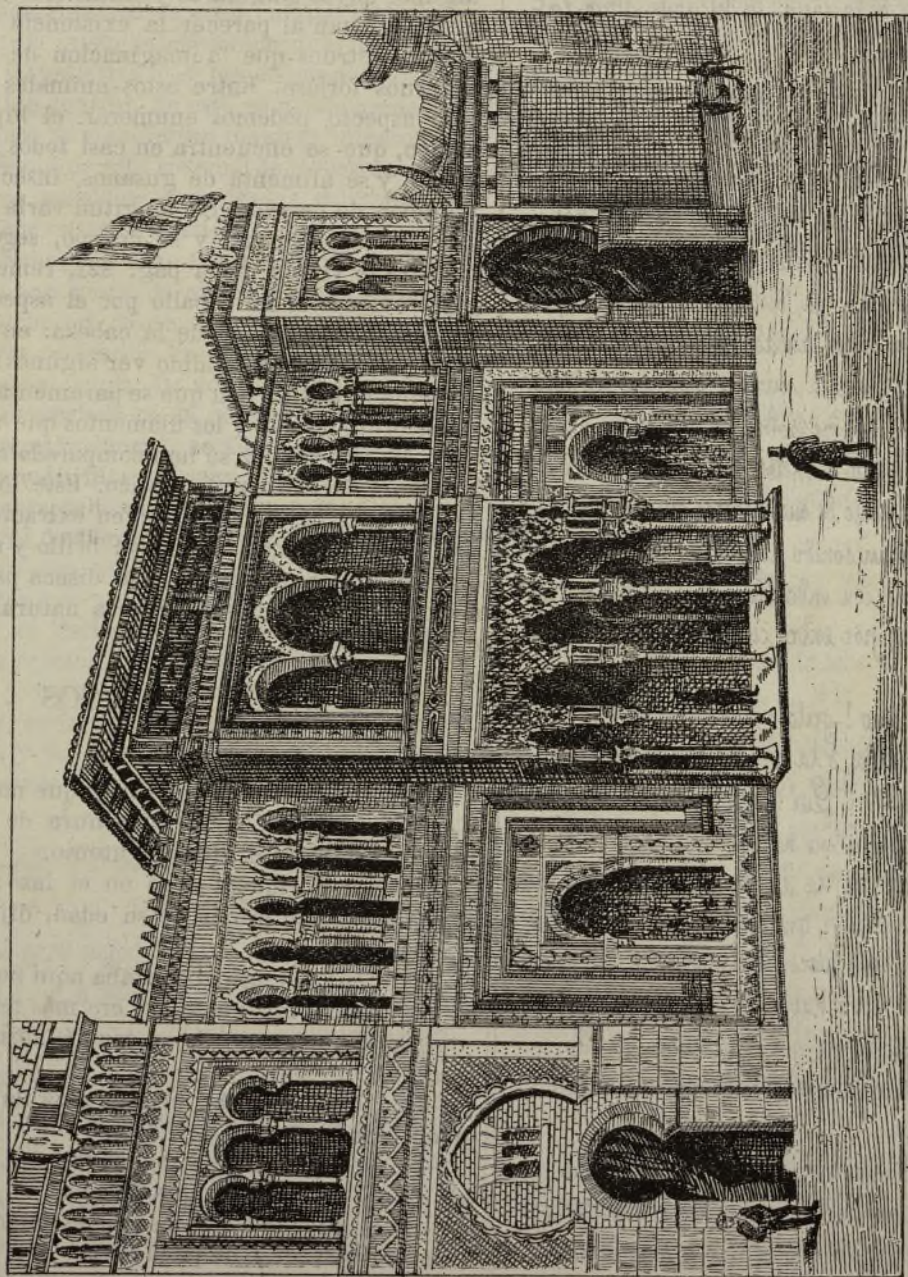
—¿No se opone á ese pequeño placer de V. por puro capricho?

—Pero ¿y cómo irá sin que lo sepa?

—¿Cómo? de la manera siguiente: esta tarde va la señora á hacer algunas visitas

(1) Véase la pág. 207.





FACHADA DE LA SECCION ESPAÑOLA EN LA EXPOSICION DE PARIS.



con el señorito Antonio, y no volverán hasta las diez de la noche; ya se está vistiendo la señora: ¡ah! ¡es injusto el que así prefiera al señorito!

—¡Y tan injusto! así es que de buena gana iría, á no ser porque si lo sabe...

—¿Qué ha de saber? la señorita Sofía, á la que yo serví antes que á su mamá de usted, venia á buscarme siempre que tenia alguna pena, y entre las dos salíamos siempre adelante... ¡oh! aquella niña era muy dichosa... camarera para ella sola, trajes preciosos, una habitacion elegante...

—Yo no me quejo de que mamá no me dé más lujo, dijo Enriqueta; dicen que los negocios de papá van mal, y que para reducir gastos nos tendremos que ir á vivir fuera de Madrid: de lo que me quejo es de que me prive toda diversion y hasta el que vea á mi prima.

—¡Ah! exclamó Anita frunciendo el ceño: ¿con que los negocios del señor van mal?

—Desde hace seis meses, de mal en peor; y como el abuelito es pobre, y todo es de papá, nada podemos esperar ya.

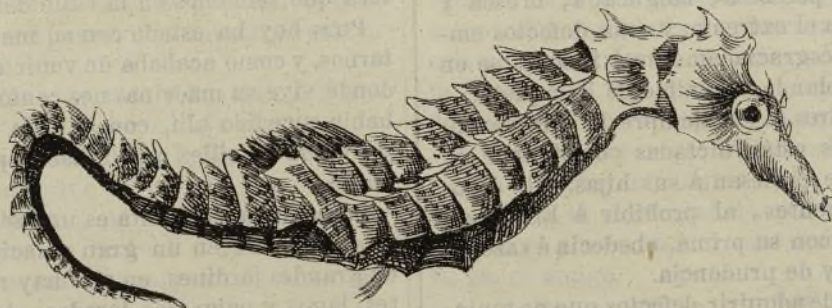
—Vamos, señorita, esas preocupaciones son demasiado crueles para la tierna edad de V.: ¡eh! no hay más que alegrarse, y así que la señora salga... ¡páff! salimos detrás, y en una carrera la llevo yo á casa de su prima!

—¿Y si lo sabe?

—¿Qué ha de saber? ¡si fueran á saberse las escapadas que hacía la señorita Sofía conmigo!...

—¡Hasta luego, Enriqueta! dijo Antonio que se acercaba al cenador por una de las calles laterales; pero ¿qué tienes? añadió al ver que habia llorado: ¿qué te pasa?

—¿Qué te importa? repuso Enriqueta: ¡tú



Historia natural: Hipocampo ó caballito de mar.

eres el preferido por mamá... te vas á divertir, y á mí nada se me concede!

—¿A divertir? repuso el niño: ¿piensas que me divierto haciendo visitas? voy con mamá sólo por complacerla: ya le diré que á la otra vez vayas tú, aunque no era necesario, porque ya sabes que nos lleva una vez á cada uno.

Dichas estas palabras, Antonio abrazó á su hermana, á pesar de la frialdad de ésta, y salió para reunirse con su madre, que le estaba esperando.

No bien se perdió en la distancia el ruido del carruaje que se llevaba á la madre y al hijo, cuando Anita se llegó á Enriqueta, y la dijo:

—¡Vamos, señorita, valor! enjugue usted esos ojos, y vámonos á casa de su prima.

—Pero...

—No hay pero que valga: vámonos.

Y obedeciendo á la dulce violencia de su criada, Enriqueta abandonó su labor, y se dejó conducir á casa de su prima.

#### IV.

La primera falta trae consigo otras muchas. Enriqueta, alentada por el secreto en que habia quedado la suya, pues cuando volvieron á casa su madre y su hermano ya estaba ella de vuelta de su escapada, reiteró tres dias despues su visita á casa de Amelia: la madre de esta niña, dolorosamente preocupada con la enfermedad de su esposo, de cuyo lado no se apartaba, apenas veia á su sobrina; y en cuanto á Luis, nada sabia por estar encerrado en su colegio, y aplicándose dia y noche á serios y constantes estudios.

El corazon de aquel amable niño se oprimia á la idea de la pérdida que iba á espe-



rimentar, y lloraba ya la muerte de su buen padre, que agonizaba.

—¡Dios mío! se decía Luis; cuando el cielo descargue sobre nosotros el golpe cruel que nos espera, ¿qué recursos quedarán á mi pobre madre y á mi infeliz hermana? ¡ah! ¡por qué Dios no ha conservado algun tiempo más á nuestro amor, al que era el sosten y el amparo de todos! ¡por qué no me ha sido dado terminar una carrera para poder subvenir á todas las necesidades de mi adorada familia! ¿qué haré yo cuando mi padre nos falte? y sin embargo, ¡es forzoso que haga algo!...

Además de la pena de ver á su esposo atacado de una dolencia mortal, y que ganaba terreno cada día, la señora de La Roca tenía la de deplorar el carácter discolo, colérico y dominante de su hija: Amelia no tenía ninguna afición á las labores de su sexo: era perezosa, holgazana, brusca y terca hasta el extremo; y estos defectos empezaron desgraciadamente á inocularse en la índole blanda y flexible de Enriqueta.

Las madres saben siempre lo que hacen: sus órdenes están dictadas por el amor sin límites que profesan á sus hijas; y la señora de Cifuentes, al prohibir á Enriqueta todo trato con su prima, obedecía á razones de cariño y de prudencia.

Además de adquirir defectos que no tenía, el carácter de Enriqueta sufría una variación extraña: su alegría había desaparecido; al engañar á su madre se engañaba antes á sí misma: un constante temor de que se supiera su desobediencia, la atormentaba: ¿qué se había hecho el gozo purísimo con que antes la abrazaba, cuando había estado algunos instantes lejos de su lado? Ahora temblaba al oír su voz, y se decía á cada instante:

—¡Si mamá supiera á dónde voy! si una indiscreción de Anita me vendiese, ¿qué disgusto tan grande sería el suyo!

Algunas veces quería resistir al deseo de ir á encontrar á su prima, ya en su casa, ya en una praderita que había entre los jardinillos de Recoletos, donde solían reunirse; pero al ir á experimentar aquella privación, se decía:

—La primera vez es lo malo... ahora ya ¿qué más dá?

Enriqueta se hallaba además sometida á otro tormento indecible: la artificiosa Ani-

ta le decía cuán generosa era con ella su anterior señorita, la rica y amable Sofía; cuántas veces le daba azúcar y café en abundancia, para que lo tomase en su cuarto, y con qué confianza le abandonaba las llaves de la despensa y de los armarios del comedor.

(Se continuará.)

MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

## CORRESPONDENCIA DE LOS NIÑOS

### Luz á Enriqueta

No sabes, querida Enriqueta, cuánto me alegro de que mis cartas te parezcan tan buenas, tan interesantes, y sobre todo que tengan la virtud de disipar ese mal humor que, según dices, te atormenta desde que nos separamos.

¿Te acuerdas de Rosita, la niña de la portera que teníamos en la calle del Colmillo?

Pues hoy ha estado con su madre á visitarnos, y como acababa de venir del pueblo donde vive su madrina, nos contó lo que le había sucedido allí, con aquella inocencia y aquella sencillez que la hacen parecer un ángel.

La madrina de Rosita es una señora muy rica, que vive en un gran palacio rodeado de grandes jardines, en que hay ríos, fuentes, lagos y pajareras doradas, donde cantan aprisionadas primorosas y pintadas ave-cillas.

La capilla es una verdadera alhaja, cubierta de paños y colgaduras de terciopelo encarnado, bordadas de oro y plata, venerándose en el altar mayor un precioso Niño Jesús que tiene qué sé yo cuántos miles de años, al que Rosita profesaba particular cariño, ofreciéndole todas las mañanas hermosas flores de los campos y oraciones nacidas del corazón.

El día del Señor, el sacristán encargado del cuidado del Niño se dispuso á ponerle el traje encarnado bordado de oro y la corona de piedras preciosas que debía estrenar aquel día; pero en el momento en que se la colocaba en la cabeza, notó que las púas de hierro que la sujetaban eran demasiado gruesas, y tomando una barrena, empezó á taladrar con ella la rubia cabecita, á fin de poderla colocar en los agujeros donde estaba colocada la antigua.

Rosita, que entraba en aquel momento



en la capilla con su madrina, arrojó un grito agudo, y lanzándose sobre el sacristan, le arrancó la barrena, colocándose delante del Niño con una energía muy superior á sus pocos años.

—¡Verdugo! exclamó con voz ahogada, protegiendo á Jesús con sus amantes brazos; primero me matarás á mí.

Y cubriendo cariñosamente la agujereada cabecita con su delantalillo de seda, echó á llorar amargamente.

En vano su madrina se esforzaba en persuadirla de que aquel niño no sentía; pues Rosita no consintió en descubrirle hasta que se la prometió solemnemente que de allí en adelante solo ella se encargaría de vestirle y cuidarle.

Rosita fué, pues, nombrada por su buena madrina camarera mayor del Niño Jesús, cargo que pertenece de derecho á la señora propietaria del palacio, y que ella desempeñó á las mil maravillas mientras estuvo en el pueblo.

Yo, cuando supe todo esto, abracé á Rosita, cuyo buen corazon vale un tesoro, y la regalé un hermoso y brillante tren de cocina, con el que se volvía loca de gozo.

Aquí en Madrid, en el colegio donde se distingue por su bondad y aplicacion, la llaman todas sus compañeras «la niña del Niño».

A la par que la llegada de Rosita ocurrió en Madrid una gran desgracia, que todos han llorado, pobres y ricos, la muerte de la Reina Mercedes, que aunque la llamaban Reina, no era más que una niña, como Candelaria ó cualquiera de las otras mayores del colegio.

Yo la ví un día ir en coche á los toros con mantilla blanca y vestido de color de oro, y no te puedes figurar qué bonita me pareció, ¡y sobre todo qué buena!

Ahora con su muerte todo Madrid se halla de luto, las banderas enlutadas, y los teatros han estado cerrados durante tres días; ¡mira si lo sabré yo, que voy casi todas las noches á ver los caballitos al circo, y he tenido que permanecer en casa esos días!

He ido á Palacio á ver la Reina muerta, que estaba tendida en una caja de raso amarillo, con galones de plata y oro, y colocada sobre una mesa en un gran salon lleno de columnas y pinturas muy preciosas.

Despues he sentido verla, lo primero por-

que me dió mucha lástima, y lo segundo, porque me figuraba que estaria vestida de Reina y con la corona en la cabeza, y me encontré con una monja que parecia de cera blanca; una Santa Teresa, ni más ni ménos. Daba ganas de llorar el verla allí sin vida y tan niña.

Me ha dicho mamá que era muy buena, que cosía por su misma mano camisitas para los niños pobres, y que por eso todas las niñas debemos rogar á Dios por ella.

Ahora voy á decirte una cosa en secreto, por si quieres imitarla. Mamá nos dijo:

—Rezad, hijos míos, rezad, para que Dios tenga en su gloria á la Reina Mercedes.

Y yo, al rezar, decia sin que nadie me oyese:

—Para que Dios dé salud á mamá y la gloria á la Reina Mercedes.

Adios; no dirás que no te cuento las novedades de la corte, donde tanto te echo de ménos. Tú vas ahora á entrar en la época más animada para los que viven en el campo, y como ya voy perdiendo las esperanzas de que salgamos este año, espero me refieras todas las fiestas que trae consigo la cosecha, todos los incidentes de la vida campestre, en la seguridad de que tendrá un verdadero placer en leer esas descripciones tu mejor amiga

Luz.

## CORONA DE LA INFANCIA

Continuacion (1).

Al llegar á él no tuvieron que llamar, pues la puerta estaba abierta para dejar paso á una escasa luz.

Clara no pudo ménos de hacer un gesto de asombro y repugnancia al poner el pié en la pobre habitacion.

En efectó, aquella niña acostumbrada al lujo y la comodidad, no habia visto nunca nada tan miserable, nada tan triste como aquella estancia.

Quizá no se hubiera decidido á entrar si una voz dulce y suave no hubiera llegado á su oido, diciendo desde un rincon del cuarto:—Pase V., Rosa, mi abuelita acaba de salir.—¿Y estás sola, hija mia?—Sí, señora.—Pues yo te traigo compañía, mi señorita viene conmigo, porque al saber que te hallas enferma ha querido verte hoy.—¡Oh!

(1) Véase la pág. 200.



¡qué buena es su señorita de V.! ¡venir á verme á mi!

Clara se adelantó atraída por aquel acento, y al fijar la vista en María quedó admirada de hallar en ella un rostro tan angelical y tan perfecto; pero al mismo tiempo sintió algo que oprimía su corazón al verla sentada en una camita tan pobre y tan desahogada.—¿Qué es lo que tienes? la dijo, ¿hace mucho tiempo que estás enferma?—Seis meses, contestó María con dulzura.—¿Y no te puedes levantar?—No, señorita.—¿Seis meses en esa cama! repitió maquinalmente Clara con acento lleno de asombro.—¿Le parece á V. mucho?—Ya lo creo: ¡tanto tiempo aquí, en este cuarto, y muchas veces sola! ¿porque quizás no tendrás amigas?—Señorita, desde que somos tan pobres no nos han quedado amigos. Luego, como nuestra casa es húmeda y fría, pocas personas vienen á vernos, y si alguna llega á socorrernos, se vá bien pronto de aquí!—¡Pobre niña! murmuró Rosa á media voz, admirada de la sonrisa con que la pobre enfermita acompañaba sus palabras.—No me compadezca V., Rosa, respondió María, fijando en ella sus grandes y bellísimos ojos: yo estoy contenta, puesto que así cumplo la voluntad de Dios.—¡La voluntad de Dios! murmuró Clara, que empezaba á sentirse dominada por el santo influjo de María.—¡Oh! sí: Él me ama mucho, pues murió por mi amor; así me lo ha enseñado mi abuelita, y yo le amo sobre todas las cosas también; recibir con alegría cuanto viene de mano del sér amado, es la mejor prueba de amor; por eso yo sufro gustosa cuanto él me envía.—¿Quién te ha enseñado á pensar así? preguntó Rosa sin poderse contener, é interviniendo en la conversacion de las dos niñas.—Primero, mi buena madre, contestó María; despues, mi anciana abuela y un venerable sacerdote muy viejecito que viene á verme todos los domingos, y que pasa una parte de la tarde conmigo.

Clara se habia sentado en una silla junto á la cama de María, y la miraba con un cariño indecible. Era la niña tan hermosa, tan buena, tan simpática; habia en sus ojos y en su voz una dulzura y una atraccion tan irresistible, que la hija del rico señor de Montalvan no habia podido resistir á ella, y ya la amaba como si toda la vida la hubiese pasado á su lado.

Rosa tambien habia ocupado un lugar á los piés del pequeño lecho, y sentia que una lágrima pugnaba por asomar á su pupila, viendo aquella miseria y aquella resignacion.

—¿Con que te hallas contenta con tu suerte? preguntó Clara despues de un momento de pausa.—Sí, respondió la enferma sin vacilar.—¿Y no echas nada de menos? ¿no te gustaria salir de aquí?—¡Oh! si Dios quisiera devolverme la salud, si quisiera que yo pudiese ir al campo, ver los pájaros y las flores, yo le bendeciría con toda mi alma por tan grande beneficio; pero... no quiere ahora, y le bendigo tambien.

—¿Y te conformas con tu suerte?—¡Conformarme! Eso significaria poner yo alguna parte de mi voluntad para admitir lo que Él me ofrecia, ¿y quién soy yo para tanto? Pobre y miserable niña, sólo deseo bendecir su mano, sea cualquiera la suerte que me ofrezca, segura de que esa es la sola que me conviene.

Clara nada contestó á aquellas humildes palabras, que apenas podia entender.

¡Oh! el virtuoso sacerdote que se habia encargado de guiar á María en el camino de la vida, podia estar satisfecho de su obra. La santa semilla que sembraba en aquella alma producía hermosas y perfumadas flores; la luz que derramaba en aquella inteligencia, reflejaban donde quiera una brillante claridad.

(Se continuará.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

## CHARADA

Nombre de sér muy querido,  
si se repite, es mi *prima*;  
si *segunda* la precede,  
en árboles, en familias,  
en ciencias y en mil objetos  
es cosa á menudo vista;  
*tercia segunda* el marino  
la fragata y la barquilla:  
*tercia cuarta* no es ciudad  
ni aldea, y es parecida:  
*primera cuarta* en la red,  
*cuarta y primera* el que grita,  
dirigiéndose á las gentes,  
con quien hablar solicita.  
Es *toda*, en fin, lo que asombra,  
lo que el hombre no se esplica,  
lo que muestra gran destreza  
en el autor ó el artista.

(La solucion en el próximo número.)

Madrid: Imprenta y litografía de N. Gonzalez, Silva, 12.